

"... Para que las obras de Dios sean visibles ..." (Juan 9: 3)

Comencé la Cuaresma este año celebrando la Misa del Miércoles de Ceniza con un grupo de niños con necesidades especiales, cuidadores de niños y nueve estudiantes del Spring Hill College, en un lugar llamado "Gift of Hope" en Jamaica. Al trazar una cruz de ceniza en sus frentes, parecía una contradicción, porque ¿Cómo estos niños no podrían ser otra cosa más que inocentes?

Sin embargo, no podíamos sino ser conscientes de que estos niños habían sido abandonados y dejados en las instalaciones porque eran considerados desafortunados, discapacitados por algo pecaminoso o malo.

Nos gusta pensar en tales actitudes, evidentes en la pregunta de los discípulos en el Evangelio sobre el hombre ciego ("¿Quién pecó, él o sus padres, para que él naciera ciego?"), como anticuadas y supersticiosas. Pero existen lugares como Don de la Esperanza en Jamaica, y en nuestras propias ciudades y pueblos, porque a menudo se descartan a esos niños.

A veces es cierto que sus padres creen que están siendo castigados por Dios, y a veces es sólo por falta de voluntad o incapacidad para soportar la carga de un niño que necesitará para siempre un cuidado constante. Uno no tiene que viajar a Jamaica para saber que esto es cierto. Los más necesitados en nuestra sociedad no solo son víctimas de la superstición. Aún peor, son descartados por una sociedad que, en su deseo de placer y comodidad, a veces se ciega a sí misma al sufrimiento de los demás, que es a la vez curable e incurable.

¿Qué sucede, sin embargo, cuando decidimos no ser ciegos, y en cambio estar presentes para los menos favorecidos inclusive cuando ellos no son capaces de reconocer nuestra generosidad? Aprendemos lo que significa ser humildes, es así como se nos da el mayor de los dones.

Jesús le dice a sus discípulos que el hombre había nacido ciego no por el pecado que se había cometido, sino más bien "para que las obras de Dios se hicieran visibles a través de él".

Muchos de los estudiantes compartieron que esta Misa del Miércoles de Ceniza, retirados de la rutina de sus parroquias de origen, y celebrada entre un grupo tan distinguido de invitados, fue uno de los momentos más destacados de su semana.

Claro, tuvimos la belleza de enfocar nuestra atención durante una semana no en nuestras muchas distracciones, sino en acompañar a otros en sus necesidad. Claro, descubrimos que estos niños no solo estaban definidos por sus diagnósticos, sino porque eran expresiones únicas de la creación amorosa de Dios. Compartimos nuestro sufrimiento y pena por su situación, pero también disfrutamos haciéndolos reír. Encontramos excelentes formas al jugar con ellos, y nos encariñamos de ellos tal como eran.

Las obras de Dios se hicieron visibles a través de ellos.

Aunque, estuvimos con ellos, cenizas en sus frentes y en las nuestras, no podíamos sino ser conscientes de la insuficiencia de estar allí sólo para amarlos durante una semana. Las cenizas que compartimos no sólo fueron una señal de nuestra solidaridad con ellos, sino también de nuestra complicidad y participación en una

sociedad que, si la dejamos, nos permite estar ciegos no sólo de sus necesidades, sino de las vidas de los más necesitados con los cuales convivimos y nos rodeamos todos los días.

En ese momento, creo que nos dimos cuenta de que si no fuéramos demasiado rápidos para borrar esas cenizas de nuestros recuerdos, esta Cuaresma podría ser diferente. Podríamos liberarnos de nuestros prejuicios sobre los pobres y los quebrantados. Podríamos comprometernos a dejar de ser ciegos con aquellos a los que nuestra sociedad invisibiliza. Podríamos buscar el perdón y la ayuda entre nosotros y con Dios que nos colocó al comienzo de la Cuaresma en una comunidad santa, incluyendonos, y a través de la cual las obras de Dios pudieran ser visibles. Una comunidad que nos ayudó a descubrir que también estábamos necesitados de curación.

~ Fr. Mark Mossa, SJ



El Padre Mark Mossa, SJ, es el ministro de la escuela para la espiritualidad y la formación de fe en la Universidad de Spring Hill. Ofrece retiros para jóvenes adultos en todo el país. Ha sido autor y coautor de tres libros: *Ya está allí: Dejar que Dios te encuentre*; *San Ignacio Loyola-Los escritos espirituales*; *Y la guerra justa, la paz duradera*.

Traducción de Jeackson Vargas, SJ